

**MATERIAL
SENSIBLE
NEIL GAIMAN**



Con una enorme legión de fieles lectores en todo el mundo, **Neil Gaiman** está considerado uno de los escritores de imaginación más fértil y perturbadora de la actualidad. En este volumen, el creador de *Coraline* y *Sandman* ha reunido una extraordinaria colección de veinticinco relatos y poemas que puede entenderse como un auténtico festín, un repertorio que concentra todo el potencial fantástico y onírico de Gaiman: historias de terror y de fantasmas, ficción especulativa y cuentos de hadas, fábulas perversas y versos sorprendentes.

Como es característico en él, el mundo sensible no es más que un mero velo o una ilusión tras la cual se despliega un sinfín de realidades paralelas y mundos alternativos, casi siempre amenazantes y ominosos. En la mente creativa de Gaiman, todo es posible: laberintos lunares, amigos imaginarios de carne y hueso, iglús fabricados con libros, piratas muy peculiares, caseras asesinas, objetos hechizados, tarjetas de felicitación que alteran el espacio-tiempo... Un muestrario de circunstancias singulares que confieren a los protagonistas un abanico de experiencias capaces de revelarles conocimiento de sí mismos y emociones que ni siquiera sospechaban poseer.

Así pues, al lector le aguarda un viaje literario en el que fro-tarse los ojos y padecer escalofríos, maravillarse y quedar noqueado por el genio de un escritor sofisticado que nos embelesa con sus hechizos y nos traslada a lo más profundo de un país inexplorado donde lo fantástico se hace realidad y lo cotidiano es incandescente.

Material sensible incluye un relato inédito de *American Gods* —«Black Dog»—, otro escrito para conmemorar el cincuenta aniversario de «Doctor Who» —«Las nada en punto»— y una ingeniosísima vuelta de tuerca al universo de Sherlock Holmes, «El caso de la muerte y la miel».

Dedicatoria

No sé cómo terminé con un agente de Hollywood honrado que lee libros por placer, pero así fue, hace dieciocho años. Ese hombre sigue siendo mi agente, sigue siendo honrado y sigue disfrutando de los cuentos por encima de todo. Este libro de cuentos es para Jon Levin.

Introducción

I. PEQUEÑOS DETONANTES

Hay cosas que nos perturban. Aunque aquí no hablamos exactamente de eso. Estoy pensando, más bien, en esas imágenes, palabras o ideas que se abren como trampillas bajo nuestros pies, arrancándonos de la seguridad y la cordura de nuestro mundo para arrojarnos a un lugar mucho más oscuro y menos acogedor. Se nos acelera el corazón con un redoble y tenemos que esforzarnos para recuperar el aliento. La sangre abandona nuestros rostros y dedos, y nos quedamos pálidos, jadeantes, conmocionados.

Y lo que aprendemos sobre nosotros mismos en esos momentos, justo cuando se ha activado el detonante, es esto: el pasado no ha muerto. Hay cosas que nos aguardan, con paciencia, en los pasillos oscuros de nuestra vida. Creemos haberlas superado, haberlas olvidado, creemos que las hemos dejado ajarse y marchitarse y que se las ha llevado el viento, pero nos equivocamos. Estaban esperándonos en la oscuridad, entrenando, ensayando sus golpes más demolidores —esos puñetazos salvajes, duros y cortantes, directos al estómago—, matando el tiempo hasta que volviéramos a pasar por allí.

Los monstruos que se esconden en nuestros armarios y en nuestras cabezas siempre están en la oscuridad, son como el moho que se acumula bajo los tablones del suelo y

tras el papel pintado de la pared; y hay mucha oscuridad, una reserva inagotable de oscuridad. Al universo le sobra noche. ¿De qué es tan necesario advertirnos? Cada uno tiene sus pequeños detonantes.

Tropecé por primera vez con la expresión *Aviso: material sensible* navegando por internet, donde se utiliza sobre todo para advertir a los internautas acerca de los enlaces, las imágenes o ideas que podrían perturbarlos y desencadenar recuerdos traumáticos, ansiedad o terror, y se los avisa para que puedan filtrar esas imágenes o ideas o para que quien lo lea pueda prepararse mentalmente antes de encontrárselas.

Me fascinó descubrir que las advertencias de ese tipo habían cruzado la línea divisoria entre internet y el mundo de las cosas tangibles. Me contaron que algunas universidades estaban considerando la posibilidad de poner avisos acerca de la presencia de ese material sensible en libros, obras de arte o películas para advertir a los estudiantes de lo que les esperaba, una idea que me pareció atractiva — por supuesto, todos queremos que quien sea susceptible de perturbarse sepa con anticipación que lo que tiene entre manos podría ocasionarlo— y al mismo tiempo muy preocupante: cuando escribí *Sandman* y se publicaba como cómic mensual, cada número llevaba una advertencia que decía: «recomendado para lectores adultos», lo cual me pareció acertado. De este modo, se informa a los lectores potenciales de que no están ante un cómic para niños y de que puede contener imágenes o ideas que tal vez les resulten perturbadoras, y además se sugiere que si eres adulto (cualquiera que sea el significado de esa palabra), eres responsable. En cuanto a cuál sería el elemento concreto que pudiera perturbarlos, asustarlos o hacerles pensar en algo por primera vez, me parecía que eso era asunto de cada cual. Somos adultos, decidimos qué deseamos leer y qué no.

Yo creo que las cosas que leemos de adultos deberíamos leerlas sin advertencias o avisos que, en todo caso, vayan más allá de un «por tu cuenta y riesgo». Debemos averiguar qué es la ficción, qué significa para nosotros, pues nuestra experiencia del relato no tendrá nada que ver con la que pueda tener otra persona.

Construimos las historias en nuestra mente. Seleccionamos las palabras, les otorgamos poder y miramos a través de otros ojos, y de ese modo vemos y experimentamos lo que ven otras personas. Y yo me pregunto: ¿son los relatos de ficción lugares seguros? Y entonces dudo: ¿deberían serlo? Después de leer algunas de las historias que leí de niño desee no habérmelas encontrado nunca, porque no estaba preparado para asimilarlas y me perturbaron: historias que hablaban de desamparo, en las que aparecían personas a las que se ridiculizaba, o mutilaba, donde los adultos se sentían vulnerables y los padres no eran de ninguna ayuda. Me inquietaron y aparecieron en mis pesadillas y en mis ensoñaciones, me preocuparon y me perturbaron profundamente, pero también me enseñaron que, si iba a leer historias de ficción, a veces sólo me sería posible descubrir mi zona de confort saliendo de ella; y ahora, como adulto, no eliminaría la experiencia de haberlas leído aunque pudiera hacerlo.

Todavía hay cosas que me perturban profundamente cuando me topo con ellas, ya sea en internet, impresas o en el mundo. Por mucho tiempo que pase no me resultan más sencillas, siguen acelerándome el corazón, nunca me permiten salir indemne de ellas, ni siquiera una vez. Pero me enseñan cosas y me abren los ojos y, si me duelen, lo hacen de maneras que me obligan a pensar, crecer y cambiar.

Mientras leía acerca de las discusiones universitarias, me pregunté si algún día la gente pondría un aviso de material sensible en mis obras de ficción. Me pregunté si estaría justificado que lo hicieran. Y entonces decidí anticiparme.

En este libro encontraréis cosas, como en la vida, que podrían perturbaros. En estas páginas hay muerte y hay dolor, lágrimas y desazón, violencia de todas clases, crueldad, incluso abuso. También hay bondad, espero, de vez en cuando. Incluso unos cuantos finales felices. (La verdad es que hay pocos relatos que acaben mal para todos los personajes). Pero aún hay más: conozco a una mujer llamada Rocky a quien le perturban los tentáculos, y que realmente necesita una advertencia si va a aparecer alguna criatura con tentáculos, sobre todo si éstos tienen ventosas, y que, si se encuentra con un trozo inesperado de calamar o de pulpo, se esconderá, temblando, detrás del sofá que tenga más cerca. Hay un tentáculo enorme escondido entre estas páginas.

Muchas de estas historias acaban mal para, por lo menos, uno de sus protagonistas. Estáis avisados.

II. INSTRUCCIONES DE SEGURIDAD PREVIAS AL DESPEGUE

A veces las mayores verdades se dicen en los contextos más inesperados. Yo vuelo demasiado, y ése es un concepto y una frase que habría sido incapaz de comprender cuando era joven, cuando todos los viajes en avión eran excitantes y milagrosos, cuando me quedaba mirando por la ventanilla las nubes que flotaban por debajo del avión y me imaginaba que eran una ciudad, o un mundo, un lugar por donde podría caminar sin miedo. Y, sin embargo, justo antes de despegar, me sorprende pensando y reflexionando sobre la información que ofrecen las azafatas de vuelo como si fuera un *koan* o una parábola minúscula, o el exponente máximo de la sabiduría.

Esto es lo que dicen:

«Póngase la máscara de oxígeno antes de ayudar a los demás».

Y yo pienso en nosotros, en todas las personas, y en las máscaras que llevamos, en las máscaras tras las que nos escondemos y en las máscaras que enseñamos. Imagino a la gente intentando ser lo que realmente es, y descubriendo que los demás son mucho más y mucho menos de lo que ellos mismos habían imaginado o de cómo se habían mostrado ante los demás. Y entonces pienso en la necesidad de ayudar a los otros, y en cómo nos ocultamos tras una máscara para hacerlo, y en que quitarnos la máscara nos vuelve vulnerables...

Todos llevamos máscara. Eso es lo que nos hace tan interesantes.

Estas historias tratan sobre esas máscaras y sobre las personas que nos ocultamos tras ellas.

Nosotros, los escritores, que vivimos de la ficción, formamos parte de un continuo que incluye todo lo que hemos visto y oído y, más importante aún, todo lo que hemos leído.

Tengo amigos que truenan, vociferan y explotan de frustración porque los lectores no conocen las referencias, no comprenden lo que se les está indicando, han olvidado autores, historias y mundos. Yo suelo verlo desde otra perspectiva: yo también fui un pedazo de pergamino en blanco esperando a que escribieran en él. Gracias a las historias ajenas aprendí sobre las cosas y las personas, y gracias a ellas aprendí también sobre otros autores.

Muchas de las historias de este libro, tal vez la mayoría, forman parte de ese continuo. Existen porque han existido otros escritores, otras voces, otras mentes. Espero que no os importe si aprovecho la oportunidad que me brinda esta introducción para señalaros algunos escritores y lugares sin los cuales quizá estos cuentos jamás hubieran visto la luz.

III. LA SUERTE DEL AZAR

Ésta es mi tercera colección de cuentos y soy muy consciente de la suerte que tengo.

Yo me crié amando y respetando los cuentos. Me parecía que eran las composiciones más puras y perfectas que podía crear un ser humano: en los mejores no sobraba ni una sola palabra. Un escritor movía la mano y de repente aparecía un mundo, y en él había personas e ideas. Un planteamiento, un nudo y un desenlace que te llevarían de viaje por todo el universo y te traerían de vuelta a casa. Me encantaban las colecciones de cuentos de todos los géneros, desde las historias de fantasmas y de terror que elegía cuando era niño, hasta las colecciones de un mismo autor, que me reestructuraban el cerebro.

Mis colecciones preferidas no sólo me ofrecían cuentos, también me explicaban cosas que desconocía sobre los relatos del libro y el arte de la escritura. Respetaba a los autores que no escribían introducciones, pero nunca me gustaban tanto como los que conseguían que me diera cuenta de que cada uno de los relatos de la antología estaba escrito, conformado palabra por palabra, por un ser humano que pensaba, respiraba, caminaba y, probablemente, incluso cantaba en la ducha, como yo.

En el mundo editorial se da por hecho que las colecciones de cuentos no venden. Es muy común que las antologías de relatos se vean como proyectos vanidosos o que los publiquen editoriales pequeñas, no se perciben como algo tan real como una novela. Sin embargo, para mí, los cuentos son esos lugares donde puedo volar, experimentar, jugar. Son sitios donde puedo cometer errores y vivir pequeñas aventuras, y reunir una pequeña colección como ésta provoca una sensación aterradora y reveladora a un mis-

mo tiempo: cuando reúno cuentos reaparecen temas, se reorganizan y se vuelven más claros. Entiendo sobre qué he estado escribiendo la década anterior.

IV. DISCULPA GENERAL

Considero que los libros de cuentos deberían ser una misma cosa de principio a fin. No deberían ser una mezcolanza y agrupar, de cualquier forma, historias que obviamente no fueron creadas para cohabitar entre las mismas cubiertas. En resumen, no deberían contener historias de miedo y fantasmas, ciencia ficción y cuentos de hadas, fábulas y poesía, todo en el mismo libro. Deberían ser respetuosas.

En ese aspecto, esta compilación es un fracaso.

Y por ese fallo, y por muchas más cosas, pido vuestra indulgencia y vuestro perdón, y espero que entre estas páginas encontréis algún cuento que de otra manera jamás habríais leído. Mirad. Aquí hay uno muy corto que os está esperando ahora:

Sombras

Hay criaturas que cazan. Hay otras que recolectan. Las Sombras acechan. A veces, ciertamente, merodean. Pero sobre todo acechan.

Las Sombras no construyen telarañas. Su telaraña es el mundo. Las Sombras no excavan fosas. Si estás aquí es porque ya has caído.

Hay animales que te persiguen, que corren más rápido que el viento, incansables, para hincarte los colmillos, para abatirte. Las Sombras no persiguen a sus presas. Se limitan a ir al lugar donde vas a estar cuando termine la persecución, y te esperan allí, en algún sitio oscuro e indeterminado. Encuentran el último rincón donde mirarías y aguardan,

todo el tiempo que sea necesario, hasta que efectivamente miras y por fin las encuentras.

No puedes esconderte de una Sombra. Ellas llegaron primero. No puedes correr más rápido que una Sombra. Te están esperando al final del camino. No puedes luchar contra una Sombra, porque son pacientes, esperarán hasta el último día, el día en que pierdas el ansia de luchar, el día en que te hartes de pelear, el día en que se haya asestado ya el último golpe, la última puñalada, y se haya dicho la última crueldad. Entonces, y sólo entonces, saldrá la Sombra.

No comen nada que no esté maduro. Mira detrás de ti.

V. ACERCA DEL CONTENIDO DE ESTE LIBRO

Bienvenido a estas páginas. Aquí puedes leer algo sobre los cuentos que encontrarás en este libro, o puedes saltarte esta introducción y volver para repasar mis comentarios cuando hayas terminado los cuentos. Soy un tipo fácil.

Cómo montar una silla

Algunos días las palabras se niegan a salir. Esos días acostumbro a revisar algo que ya existe. Ese día monté una silla.

Un laberinto lunar

Conocí a Gene Wolfe hace más de treinta años, cuando yo era un periodista de veintidós, y lo entrevisté para hablar de su novela en cinco volúmenes *El libro del sol nuevo*. Nos hicimos amigos durante el transcurso de los cinco años siguientes y no hemos dejado de serlo desde entonces. Es un buen hombre y un buen escritor, muy profundo, siempre astuto, siempre inteligente. Su tercera novela, *Paz*, la escribió cuando yo era casi un niño, y es uno de mis libros pre-

feridos. Su última novela, *The Land Across*, ha sido el libro que más he disfrutado este año, y es tan engañoso y peligroso como cualquiera de los que ha escrito.

Uno de los mejores cuentos de Gene se titula «A Solar Labyrinth». Trata sobre un laberinto de sombras y es una historia más oscura de lo que parece.

Escribí este cuento para Gene. Después de todo, si existen laberintos solares, también deberían existir los lunares, y también un lobo, como el que esconde su apellido, que le aúlle a la luna.

Lo que pasa con Cassandra

Cuando tenía unos catorce años me parecía más sencillo imaginar una novia que tenerla, porque eso significaba tener que hablar con una chica de verdad. Así que decidí que escribiría el nombre de una chica en las tapas de mis libros de ejercicios y negaría conocerla cuando alguien me preguntara por ella, cosa que, imaginé con cariño, haría que todo el mundo pensara que tenía novia de verdad. No creo que funcionara. Nunca llegué a imaginar nada sobre ella aparte de su nombre.

Escribí este cuento en agosto de 2009 en la isla de Skye mientras Amanda, mi novia por aquel entonces, tenía la gripe y estaba en cama intentando recuperarse. Cuando se despertaba, yo le llevaba sopa y bebidas con miel y le leía lo que había escrito. No estoy seguro de cuánto recordará.

Les entregué el cuento a Gardner Dozois y George R. R. Martin para su antología *Songs of Love and Death*, y sentí un alivio desmesurado cuando supe que les había gustado.

En la oscura profundidad del mar

El periódico *The Guardian* celebraba el día mundial del agua con una semana de cuentos sobre ese elemento. Yo

me encontraba en Austin, Texas, durante el South by Southwest Festival, donde estaba grabando los audiolibros de *El océano al final del camino*, y mi primera colección de cuentos, *Humo y espejos*.

Estaba pensando en el teatro Grand Guignol, en monólogos desgarradores susurrados por actores solitarios a un público entregado, y recordando algunas de las historias más dolorosas de *El calendario Newgate*. Y en Londres, bajo la lluvia, lejos de Texas.

«*La verdad es una cueva en las montañas negras...*»

Hay cuentos que desarrollas y hay cuentos que construyes, y luego hay cuentos que esculpes en una roca de la que vas descartando todas las cosas que no forman parte de la historia.

Yo quería editar una antología de cuentos que fueran lecturas geniales, fantásticas o con un toque de ciencia ficción, pero sobre todo que consiguieran que el lector no pudiera dejar de leer. Mi coeditor en ese proyecto fue Al Sarrantonio. Titulamos el libro *Stories*, que podría haber sido un buen título cuando aún no existía Google. Pero eso no era suficiente para editar el libro. Yo tenía que escribir un cuento para la antología.

He visitado muchos lugares peculiares del mundo, sitios que pueden apoderarse de tu mente y de tu alma y no soltarlas nunca. Algunos de esos lugares son exóticos e inusuales, y otros son corrientes. El más extraño de todos, por lo menos para mí, es la isla de Skye, en la costa occidental de Escocia. Y sé que no soy el único que lo piensa. Hay personas que cuando descubren Skye ya no se marchan de ella, e incluso aunque algunos nos vayamos, la isla neblinosa nos acecha y nos retiene a su manera. Allí es donde soy más feliz y donde me siento más solo.

Otta F. Swire escribió libros sobre las Hébridas y acerca de Skye en particular, y sus obras están llenas de datos extraños y esotéricos. (¿Sabíais que el 3 de mayo fue el día que expulsaron al diablo del cielo y, por lo tanto, ese día es imperdonable cometer un crimen? Lo leí en su libro sobre los mitos de las Hébridas). Y en uno de sus libros mencionaba una cueva de las Cuillin Negras a la que, si eras valiente, podías ir y coger oro sin ningún coste, pero, tras cada una de tus visitas, la cueva te haría más malvado, te devoraría el alma.

Y esa cueva, y su promesa, empezó a quitarme el sueño.

Elegí varias historias verdaderas (o de las que se dice que son ciertas, que es casi lo mismo), se las confié a dos hombres, los situé en un mundo que es casi nuestro pero no del todo, y narré una historia sobre venganza y viaje, deseos de oro y secretos. Gané el premio Shirley Jackson a la mejor novela corta (y *Stories* ganó el premio a la mejor antología) y el Locus a la mejor novela corta, y estaba muy orgulloso de mi relato.

Antes de que se publicara, yo debía aparecer en el escenario de la Ópera de Sídney, y me preguntaron si podía hacer algo con el cuarteto FourPlay String Quartet (la banda de rock de los cuartetos de cuerda, un grupo alucinante, muy versátil, con seguidores muy fieles), quizá algo con imágenes artísticas que se pudieran proyectar en el escenario.

Pensé en «La verdad es una cueva en las montañas negras...»; tardaría setenta minutos en leerlo. Me pregunté qué pasaría si un cuarteto de cuerda creaba una banda sonora emotiva y espectacular que sonara mientras yo relataba la historia, como si fuera una película. ¿Y si el artista escocés Eddie Campbell, el mismo que hizo los dibujos de *From Hell*, de Alan Moore, escritor y dibujante de *Alec*, mi cómic preferido, creara las ilustraciones para mi cuento más escocés y se proyectaran sobre mi cabeza mientras yo leía?

Cuando salté al escenario de la Ópera de Sídney estaba asustado, pero la experiencia fue alucinante: el público acogió el cuento con una gran ovación, y a continuación hicimos una entrevista (el artista Eddie Campbell era el entrevistador) y recitamos un poema, también con FourPlay.

Seis meses después repetimos la actuación, en esa ocasión con más dibujos de Eddie, en un hangar enorme en el marco de un festival en Hobart, Tasmania, frente a tres mil personas, y a la gente volvió a encantarle.

Y entonces se nos presentó un dilema: las únicas personas que habían visto la actuación estaban en Australia. Por algún motivo parecía injusto. Necesitábamos una excusa para viajar y llevarnos al cuarteto de cuerda FourPlay por todo el mundo (son un grupo de músicos brillantes y cultos, empapados de cultura pop: me enamoré de su versión del tema introductorio de *Doctor Who* antes de conocerlos). Por suerte, Eddie Campbell había cogido sus dibujos y había hecho muchos más, y luego dispuso el texto de tal forma que el resultado quedaba a medio camino entre un cuento ilustrado y una novela gráfica; HarperCollins lo publicaría en Estados Unidos y Headline en el Reino Unido.

Salimos de gira, FourPlay, Eddie y yo, por San Francisco, Nueva York, Londres y Edimburgo. Recibimos una gran ovación en el Carnegie Hall, y no pudo ir mejor.

Todavía me estoy preguntando qué parte de la historia escribí yo, y qué parte sencillamente me estaba esperando, igual que las rocas grises que aguardan como huesos en las suaves colinas de Skye.

Mi última casera

Este cuento lo escribí para la Convención Mundial del Terror. Ese año se celebraba en Brighton. Durante los días que dura la convención, Brighton se convierte en una ciudad costera bulliciosa, creativa, atrevida y fascinante. Sin